

LUIS G. URBINA.

Acostumbramos echar sobre la obra de nuestros grandes poetas el velo irreverente de un olvido desdenoso, y fingimos no reparar en que la poesía lírica es el único género literario que da en México visibles muestras de un desarrollo vigoroso y de una evolución bien orientada. De esta apatía tiene, quizás, la culpa, nuestra carencia de crítica que apenas comienza a apuntar en el grupo novísimo que, al par de sus juveniles entusiasmos, sus curiosidades artísticas y su desapego a la férula tradicional, cuenta con más seria disciplina y con mayor preparación para emprender, no sólo aquellos trabajos de erudición necesarios para allegar documentos (hoy por hoy escasos y perdidos en el polvo de las bibliotecas), sino el afán loable de ir directamente al espíritu del libro, al alma del au-

tor, presente y activa en toda obra de arte con tal que ésta traspase los linderos de la insignificante mediocridad.

La indiferencia de nuestra crítica no se compensa con el platonismo de nuestra admiración ni con el aplauso que en frívolos salones, corrillos literarios y graves academias, suele tributarse a los poetas ungidos con el óleo santo de la notoriedad. Nos contentamos con sentarnos en el umbral de la obra de arte, y una vez que el verso entra en nuestro corazón, tras de sonar melodiosamente en nuestro oído, hacemos del poeta una clasificación vulgar que nada dice y nada revela de la psiquis misteriosa que ha elaborado la canción en un momento de emotividad sagrada. Con llamar místico a Nervo, descriptivo a Othón, parnasiano al autor de "Lascas" y romántico a Urbina, creemos haber fijado los valores definitivos, y no caemos en la cuenta de que con esa disparatada y superficial nomenclatura no hemos desflorado siquiera la obra de arte con que cada uno de los poetas mencionados ha contribuido a la evolución lírica nacional. No hace muchos días que un escritor de fuste llamaba a nuestro Duque Job "el elegante Gutiérrez Nájera," y el epíteto resulta bien triste y da la medida dolorosa de nuestra inconsciencia, al pensar que ese "poeta elegante" es

no sólo uno de los más nobles temperamentos literarios de que podemos enorgullecernos, sino que su influencia, perdurable en la poesía de hoy, es una de las más indiscutibles, más significativas y más honradas.

Si para criticar una obra de arte es fuerza pasar por los tres estados de que habla Guyau: el del interés despertado por una primera lectura, el de la comprensión conseguida a fuerza de familiaridad con la obra, y el del amor creado por la unificación perfecta con el espíritu del artista, es preciso confesar que siempre nos quedamos en la primera parte de esta labor intensa, y que no cuidamos ni de razonar nuestra admiración ni de amar profundamente lo que admiramos. Othón y Gutiérrez Nájera, cuyos nombres andan en todas las bocas y cuyos versos recogen las antologías, no han merecido, por regla general, de la crítica, sino alusiones superficiales mal meditadas, citas a granel no siempre oportunas, y apenas si, el primero, los esbozos de estudio de Puga y Acal y del maestro Sierra, y el segundo, la hermosa conferencia de Alfonso Reyes que pronto se transformará en un trabajo de mayores proporciones: tres únicas ofrendas llevadas por la crítica mexicana a la tumba de dos de nuestros más gloriosos poetas.

* * *

Luis G. Urbina, este bien amado que, con su acostumbrada asiduidad, recoge hoy la tercera cosecha de su encantadora obra lírica, ha corrido la suerte de sus compañeros y predecesores, y su labor rica, noble y delicada espera y esperará mucho tiempo el estudio que la comprenda y avalore, y que explique el por qué de nuestra fervorosa devoción hacia sus cantos. Porque no seré yo quien pretenda echarse a cuestras la tarea de reparar esta omisión imperdonable. Fuera de que no me siento crítico sereno para juzgar a un poeta a quien tanto admiro y tan profundamente quiero, me falta la fe en ese trabajo gigantesco de los que pretenden que una obra de arte debe examinarse en relación con sus similares al través del espacio y del tiempo. No sé si existe o no, si es o no fructuosa la crítica objetiva que entra en el libro a descubrir diamantes, a patentizar guijas sin valor, a demostrar influencias exteriores y parentescos lejanos conforme al criterio de una doctrina estética y de un concepto histórico más o menos absolutos o más o menos discutibles. No entiendo la crítica, al menos para mi uso propio, sino como la impresión subjetiva que en nosotros despierta una obra bella, y abriga la

convicción de que en esto, como en todo, estamos condenados a no salir de nosotros mismos. Impresión personal y no otra cosa serán las notas que siguen sobre los versos que forman la más reciente parte de una obra poética que ha provocado siempre mi admiración, que gustosamente me he esforzado en comprender y que fácilmente he llegado a amar.

El autor de "Ingenuas," "Puestas de Sol" y "Lámparas en Agonía" es un ejemplo vivo de ese hermoso dualismo de sensibilidad e inteligencia que abre delante de los ojos del artista el más amplio horizonte de belleza. Hay que buscar allí el secreto de la sorprendente facilidad con que el espíritu de Urbina ha podido acometer, burla burlando y con cierto diletantismo aristocrático, una labor que por su variedad y su cuantía es más valiosa que la de muchos que, pensando crear obra de enjundia, no pueden o no saben disimular el esfuerzo de su producción literaria. Porque este poeta, que no ha dejado de cantar bellas canciones desde su adolescencia, hilvana sin cesar, hace muchos años, crónicas aladas, impresiones teatrales y artículos de fino humorismo que amortiguaron en el público lector de la prensa diaria el dolor producido por la pérdida del incomparable Duque Job; ha consagrado esfuerzos, y con ello ha obtenido triunfos envidiables al pe-

riodismo político, y ha escrito, en horas de solemne meditación y severo estudio, esa notable introducción a nuestra Antología del Centenario, que ha merecido el aplauso entusiástico de la crítica extranjera. Por todas estas fases de su talento, Urbina merece una consideración seria y detenida. Por ahora, solamente el poeta ocupará nuestra atención.

Urbina fue un precoz, y si esto no envuelve para él alabanza ni censura, ya que junto a inteligencias superiores demostradas temprano, hay otras innumerables que se han quedado en los comienzos, y junto a cerebros tardíos cuya labor va marcada con signos de senectud, no escasean los retardados de genio, esta precocidad del poeta Urbina da más realce a una cualidad suya que no puedo pasar inadvertida al hablar del hombre y de la obra: me refiero a su maravillosa unidad espiritual que es peculiar de sus versos y casi sin ejemplo en la poesía mexicana.

La obra de un primerizo se distingue casi siempre por una carencia absoluta de personalidad artística, y es éste, por regla general, uno de los signos distintivos de la imaginación creadora en su iniciación a la vida del arte. Múltiples influencias producidas por lecturas disímiles, esbozadas aspiraciones hacia una realización de forma que sólo la

técnica y la vida completan, y una vaguedad y una imprecisión espirituales originadas por la emotividad inconsciente, dan a la obra del poeta joven ese aspecto amorfo que rara vez deja adivinar qué rumbo seguirá el artista en su evolución ulterior y qué enseñanzas sacará más tarde de su contemplación integral del universo. Y así sucede que, a pesar de que en la obra inicial se descubran elementos bastantes para augurar la realización de una obra intensa en el sentido de la belleza, es imposible predecir la orientación que el tiempo dará a aquella labor que tiene todavía la apariencia de un presentimiento.

El libro en que Luis G. Urbina recogió sus canciones de adolescencia y primera juventud, nos presenta en toda su bella integridad el alma del poeta. Halló su rumbo desde el primer intento, y sus ojos de predestinado abarcaron, desde sus comienzos, el campo de su emotividad de artista, lo cual produjo el resultado de limitar su esfuerzo posterior a intensificar su sensibilidad poética y depurar su forma expresiva. He aquí por qué, sin temas de novedad artificiosa, sin esoterismos recónditos y sin sutilidades alambicadas, y con la sola, vieja y fecunda tradición emocional del amor, del dolor, de la vida y de la muerte, construye este gran poeta una

obra de unidad estética que puede servir de ejemplo y edificación a los que divagan por caminos infelices sin encontrar la ruta apetecida. El poeta de "Ingenuas" es el mismo de "Puestas de Sol," aunque éste es más pulido y más hondo y ha penetrado ya el secreto de una técnica irreprochable; y es el mismo de "Lámparas en Agonía," sólo que éste es más otoñal, es más sabio y ha logrado departir con la vida de esas cosas que sólo se saben a los cuarenta años.

Cuando se aplica el calificativo de romántico a un escritor, se salva la dificultad de precisar un juicio. El romanticismo es, como fenómeno literario, una rebeldía, y como expresión estética, un triunfo del personalismo. "¿Quién que es, no es romántico?" ha dicho el genial poeta de "Cantos de Vida y Esperanza," y en verdad que toda personalidad vigorosa, todo escritor que deja huella en el espíritu, tiende a labrar su propio campo y siente la necesidad imperiosa de echar una mirada introspectiva a su propio corazón, donde residen todos los elementos de que han de salir las manifestaciones de la belleza. Hay quien supone que el romanticismo ha muerto y que las flamantes aspiraciones poéticas han edificado sobre las ruinas de la creación romántica nuevas construcciones, nuevas ideas y nuevas almas. Y esto no es verdad, porque aquello que el romanticis-

mo tiene de subjetivo, es fuente y origen de la lírica moderna que sutaliza más, que complica más hábilmente las emociones; pero que sigue buscando la íntima y secreta correspondencia que hay entre el mundo exterior y los estados del alma del artista. Del romanticismo ha muerto lo que el tiempo se encarga de matar en todas las escuelas literarias: lo falso, lo artificioso, lo que no tenía raíces en una emoción real; pero el subjetivismo sincero que ingenuamente narra lo que ha visto en el viaje interior que el poseedor de un verdadero numen emprende en las intimidades de su espíritu, ese no muere, porque no hay verdadera poesía que no nazca de golpear rudamente, como dijo el poeta, sobre el propio corazón.

Si alguien se ha librado de esas exageraciones románticas que hoy nos causan la misma impresión de algunos viejos retratos cuya belleza del rostro se siente afeada por los adornos de una moda ridícula, es Luis G. Urbina, cuya fina discreción, cuya vaguedad melancólica y cuyo pudoroso buen gusto están allí para dar fuerza a las opiniones de un crítico penetrante, Pedro Henríquez Ureña, que al reivindicar para los mexicanos la gloria de Alarcón, ha fijado esas cualidades como las características de nuestra psicología literaria. Urbina es un poeta

nuevo de los de más valer, porque en todo se ajusta a lo que hoy son las tendencias universales de la poesía. Si hemos de llamarlo romántico, que él acepta en buena hora esa muestra de afán de clasificación que obedece a un prejuicio incommovible; pero si ese ha de ser el título que hemos de escribir sobre su obra poética, quédese el orgullo de saber que él es nuestro grande y casi nuestro único poeta romántico, porque nada hay de común entre su poesía honda, sincera, emotiva y saturada de verdadero arte, y la de aquellos que en la primera mitad del siglo pasado siguieron las huellas de una escuela exótica y ahogaron en un puro *pastiche* facultades de verdad que sólo por momentos asoman en sus versos. Apenas José María Bustillos, a quien la vida no dejó pasar de un augurio malogrado, puede aspirar a la gloria de haber tenido orientaciones semejantes a las del autor de "Lámparas en Agonía."

Poeta nostálgico y armonioso ha llamado a Luis G. Urbina el inteligente escritor dominicano García Godoy en un hermoso artículo que es quizás el mejor de los que han tratado de analizar la obra de nuestro poeta, y es verdad que en los versos de Urbina flota siempre sobre el encanto del ritmo, sobre la música delicada y sobre la sonoridad suave y armoniosa, un soplo de tristeza cuya sinceridad

persistente da la nota habitual de la poesía del autor de "Ingenuas." Nostalgia ¿de qué? De lo imposible y de lo irreparable, que, según el decir de France, son los puntos capitales alrededor de los que gira todo ideal poético. Sólo que esta tristeza de Urbina no se manifiesta en explosiones ruidosas, ni en gritos desgarradores, ni en pesimismos desesperantes, sino que sabe recibir de su alma noble, pudorosa y aristocrática, un toque de serenidad y un tinte de resignación que la transforma en noble melancolía. Ese campo del recuerdo triste y del anhelo imposible lo recorre Urbina como un viajero sabio y doliente para quien son familiares los más ocultos senderos y los lugares más recónditos. Rara vez lleva sus pasos fuera de ese campo que es el suyo; pero qué bien lo conoce; cómo nos trae de su maravilloso viaje tesoros de intimidad emocionante, y cómo nos obliga, cogidos por la magia de su palabra, a recorrer en nuestra propia vida las mismas sendas y a contemplar los mismos paisajes. Si ese horizonte de la ilusión ya ida, del amor ya muerto y del anhelo inasequible, parece estrecho a quienes gustan que el poeta se espacie por todos los aspectos de la vida, nadie negará, en cambio, que Urbina conoce esos misterios de la emoción que es suya como nadie los ha penetrado nunca, y que vuelve

siempre de su propio corazón cargado de nuevas sensaciones y de nuevas sabidurías.

Ya dije cuán marcada es en la poesía de Urbina esa ascensión constante no sólo de forma, sino de intención poética. El espíritu ha quedado el mismo; pero qué depurado y qué limpio de resabios en su viaje consciente por los dominios de su musa. El poeta ha comparado su poesía con un ruiseñor que canta día y noche sin que lo hagan enmudecer los cambios de la vida, sin que lo amedrente la noche que se avecina ni la sombra que avanza. Pero ese canto tiene cada vez más pureza, más elevación y más hondura.

Este poeta de quien ya dije que posee una inteligencia nada común en los temperamentos emotivos, ha sabido circunscribir su poesía a la emoción pura, y dejando sus especulaciones exclusivamente cerebrales para otros ejercicios más apropiados, huye de caer en ese "metafisiqueo" antipoético que ha matado muchas inspiraciones que no supieron conservarse en el justo medio de la contemplación meditativa.

Nació Urbina a la vida del arte con una de esas facilidades que valen por toda una larga preparación técnica, y corrió, por ello, el natural riesgo de la insipidez literaria. Su buen gusto le libró de caer en ese abismo, y si es verdad que ni en su primera

obra carece de acicalamiento y donosura, su alto espíritu de artista buscó sin cesar formas de perfección y sus versos fueron cada día urnas mejor cinceladas donde guardar el rico perfume de antaño para delectación de los exquisitos. Esta facilidad del poeta que en nada afea el conjunto de su producción, es causa, sin embargo, de dos reparos que pudieran ponerse en su tersa labor artística, y aquí los expreso sin escrúpulos porque el autor de una obra ya consagrada y de mérito indiscutible, tiene derecho a la verdad. El primer reparo es que el poeta diluye a veces su emoción en largas tiradas líricas, y esta abundancia, esta riqueza y esta prodigalidad roban algunas veces intensidad a la idea poética y debilitan la expresión siempre pulida y siempre bella. El segundo reparo, que la misma facilidad origina, es la afición de Urbina por cultivar géneros que no son precisamente los suyos y en los que acierta solamente a fuerza de dominar su arte como un consumado maestro. Quiero referirme a ese linaje de poesía oratoria de que son ejemplo sus arengas líricas, alguna de las cuales, principalmente la intitulada "Al cielo de mi Patria," son bellísimas y tienen, por momentos, señales evidentes de una sincera inspiración. Considero ese género en sí mismo artificioso; pero si así no fuera, nada hay más ex-

traño que él al espíritu de Urbina. Esa pompa verbal, esa sonoridad a veces hueca, esa poesía de tribuna hecha para mover multitudes y para despertar entusiasmos patrióticos, ese criollismo que no es espontáneo y ese fervor que es fácil alarde y destreza de artífice, nada tienen de común con la poesía a la sordina que ha producido los poemas de antología que se llaman "Vieja Lágrima" y "La elegía de mis manos." Estos dos poemas y cinco o seis más de la colección que hoy sale a luz, nos marcarían el punto más alto de la poesía de Luis G. Urbina si éste no nos hubiera acostumbrado a las constantes sorpresas de sobrepujarse a sí mismo. El género a que aludo y ciertos juguetillos habilidosamente compuestos por un poeta para quien la versificación no tiene secretos, en nada empequeñecen, ya lo dije, la alta poesía que Urbina ha realizado en su ya copiosa labor. Soy en este punto de la misma opinión que José Enrique Rodó, y pienso que el poeta no ha de ser eternamente feroz ni ha de estar siempre encastillado en su torre de meditación y de ensueño; pero creo también con el mismo ilustre pensador sudamericano, que es preciso algo de crueldad en un poeta que forma su propia obra de selección, para matar muchos hijos bastardos engendrados en un momento de extravío artístico.

El carácter subjetivo de la poesía de Luis G. Urbina no le veda entrar con pie seguro, con la frente alta y en la mano antorcha de la inspiración, en el terreno de la poesía descriptiva. Allí está para demostrarlo su maravilloso "Poema del Lago," quizás la obra de más aliento de su libro anterior, y una de las más ricas joyas de arte de toda su obra poética. Pero Urbina no pierde su carácter subjetivo ante las impresiones del paisaje y su poder de captación emocional funde en estados de alma las sensaciones externas, y su poesía crepuscular, de medios tonos, de tintes velados, se apodera de la visión externa y la traduce en una nota personal impregnada de su inseparable melancolía.

Este poeta de vigorosa personalidad artística y que figura absolutamente en primera fila entre los grandes líricos hispanoamericanos, que tiene su nota individual inconfundible en esa poesía crepuscular que es su emblema, no es precisamente un innovador de las formas métricas ni se ha ido por los campos de un versilibrismo desatinado a coger fáciles flores de una originalidad discutible. Limpia-mente, con una conciencia perfecta de su arte y con un buen gusto digno de todo encomio, cultiva las formas métricas tradicionales y acepta de lo nuevo todo aquello que cuadra con su espíritu sano, fino y

aristocrático. Apenas en un momento de su vida de poeta, cuando un grupo reformador-cuyo credo revolucionario que tuvo aquí una alta representación en la primera época de la Revista Moderna, lanzó su programa iconoclastico, se notan en Urbina ciertas tendencias a variar su procedimiento externo; pero no es él uno de esos artistas que puedan prescindir tan fácilmente de sí mismos, y pasado aquel efímero contagio de la moda reinante, volvió Urbina a su labor propia con la misma serenidad de antaño y quizás con la disculpable vanidad de haber demostrado que tampoco era reacio su espíritu ni torpe su mano para fundir su poesía en los moldes novedosos del "modernismo" literario.

Lo anterior explica por qué Luis G. Urbina, que tan alto lugar ocupa en la poesía mexicana y que es gustado y saboreado con fruición por el elemento intelectual de todos los países donde se leen sus versos, haya conseguido una popularidad envidiable. Los artistas de excepción, los Stephan Mallarmé, los Jules Laforgue, los Oscar Wilde, comprendidos de unos cuantos y encerrados en la infranqueable prisión de su originalidad suprema, nada saben de ese aplauso que viene del dialogar con el corazón de las multitudes: por ellos se dice que el alma de la colectividad y el arte puro no tienen nada de común ni

motivos para entenderse. Los mediocres, los que bajan su arte, a fuerza de impotencias creadoras, al nivel del rebaño y que no saben hablar sino "la jerga de la tribu," nunca recibirán la sanción de las almas selectas. Sólo el artista equilibrado, sincero y fuerte sabe guardar, en su torre ebúrnea, tesoros que son el exclusivo patrimonio de los que han franqueado los límites del sentir común; pero abre su mano pródiga y generosa para ofrendar a los que abajo se agitan y no pueden fijar sus miradas en la cumbres, la dádiva opulenta de su amable fraternidad. De éstos es Luis G. Urbina, y un día, cuando la mano cuidadosa de los devotos a las finas muestras de nuestra cultura artística, se apresten a colocar en nuestro nacional florilegio los más bellos poemas del poeta de "Lámparas en Agonía," sonarán aún en los oídos femeniles y en el alma ingenua de los humildes, tal o cual rima musicada de este poeta que ha sabido conquistar, con su canto melodioso y humano, la admiración y el amor.

¿quisiera emprender con el lector de estos versos una excursión de arte al través de los poemas de "Lámparas en Agonía," y saborear, en grato consorcio y religiosa intimidad, todas las bellezas que el libro contiene; pero le hago gracia de ello tomanlo en consideración su natural impaciencia. Váyase

él solo por el melancólico jardín de los versos de Urbina, e impregne de tristeza otoñal y de meditación solemne su alma abierta a la contemplación de la belleza que vive aquí como en su propio recinto. En cuanto a la deuda que la crítica mexicana tiene pendiente con Urbina, queda sin saldar. Cuando llegue la hora de reparar esta omisión injusta, consagrará definitivamente al poeta que, fiel a su arte como la hiedra, es ya glorioso como el laurel.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

PORTICO ANTIGUO

CAPILLA ANTIGUA

PORTICO ANTIGUO

A Francisco M. de Olaguibel.

Cierra puertas y ventanas,
que nunca está más segura la
joya que cuando bien se guar-
da.—“El Mercader de Vene-
cia.” acto 2.º, escena V.

Labra, Fantasía, tu verso divino
con una paciencia de benedictino.
Acero es el arte; oro, la palabra.
Labra, Fantasía, labra, labra, labra.
Silenciosa y terca, de noche y de día,
tu verso divino labra, Fantasía.
El símil fulgura, la imagen chispea
en el misterioso taller de la idea.
¡Qué ricos metales de arcaicas historias,

de pasiones muertas y de extintas glorias!
 ¡Qué azules esmaltes, qué níveos marfiles
 en los prodigiosos sueños juveniles!
 ¡Qué piedras preciosas lucen, escondidas,
 en delirios rotos y esperanzas idas!
 ¡Hogar del recuerdo, deslumbra, encendido!
 ¡Muestra tus tesoros, cofre del olvido!

Torcida y angosta, la triste calleja;
 ni sol en el muro, ni tiesto en la reja;
 la casa ¡qué sola, qué muda y qué vieja!
 Pero allá en lo alto,—tras de la ventana
 de vidrios polvosos, podrida persiana,
 y alféizar en cuyo hueco carcomido
 una golondrina fabricó su nido,—
 con tercios afanes y pulsos de fiebre,
 de noche y de día trabaja un orfebre.
 La luz de una lámpara la faz le sonroja.
 Fino lapidario y hábil batihoja,
 ya agita el soplete, ya empuña el martillo,
 ya engasta una gema, ya encorva un cintillo,
 y es gota de luna, la perla, en su brillo,

y hay mar y sol en el topacio amarillo.
 —Acero es el arte; oro, la palabra;
 labra, Fantasía, labra, labra, labra.—

Sórdido judío, Shylock avariento,
 que labra las joyas de mi pensamiento,
 limpia el amatiste de mi desaliento,
 bruñe de mis iras el rubí sangriento;
 a mis dolorosas lágrimas secretas,
 como a los diamantes, les pule facetas;
 hace filigranas, y monta en suspiros
 de mi último ensueño los claros zafiros;
 e incrusta en el ónix de mi desconsuelo
 la esmeralda anémica del postrer anhelo.

Corazón que tocas batiendo la aldaba
 del hosco postigo; corazón, acaba.
 Ni finjas ternuras, ni ofrezcas placeres;
 Shylock es avaro; ya sabe quién eres;
 ya no has de engañarle; que te abra no esperes;
 vé en pos de otras tiendas y otros mercaderes.

No turben tus voces esta casa en ruina,
con su húmedo alféizar, su oscura ventana,
sus vidrios polvosos y su golondrina,
que gozosamente, mañana a mañana,
antes que la aurora, se despierta y trina.
Corazón que llamas, ya saben quién eres;
ni finjas ternuras ni ofrezcas placeres....

—

Barbudo judío, Shylock avariento,
que escondes las joyas de mi pensamiento,
labra, Fantasía, tu verso divino
con una paciencia de benedictino.
Acero es el arte; oro, la palabra;
labra, Fantasía, labra, labra, labra....

19 de mayo de 1914.

VOCES DE LA SOMBRA INTERIOR